

CARTA A LOS COMPAÑEROS Y COMPAÑERAS DE CAMINADA Y DE ESPERANZA

Hay momentos en la vida en que una persona para ser fiel a sí misma tiene que cambiar. Cambié. No de batalla sino de trinchera. Dejo el ministerio presbiteral pero no la iglesia. Me separo de la orden franciscana, pero no del sueño tierno y fraterno de San Francisco de Asís. Continúo y seré siempre teólogo, de matriz católica y ecuménica, a partir de los pobres, contra su pobreza y en favor de su liberación.

Quiero exponer a los compañeros y compañeras de marcha las razones que me llevaron a tal decisión.

De antemano digo: salgo para mantener la libertad y para continuar un trabajo que estaba siendo enormemente impedido. Este trabajo ha significado la razón de mi lucha en los últimos 25 años. No ser fiel a las razones que dan sentido a la vida, significa para alguien, perder la dignidad y diluir su propia identidad. No lo hago. Y pienso que Dios tampoco lo quiere.

Recuerdo una frase de José Martí, notable pensador cubano del siglo pasado: "No puede ser que Dios ponga el pensamiento en la cabeza de una persona y que un obispo, que no es tanto como Dios, prohíba expresarlo".

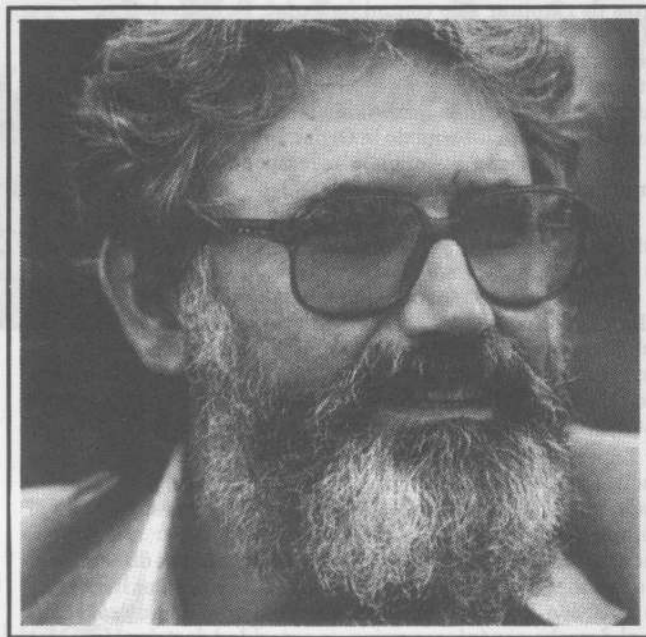
Pero repasemos un poco la trayectoria. A partir de los años '70 junto con otros cristianos intenté articular el evangelio con la injusticia social y el grito de los oprimidos con el Dios de la Vida. De eso resultó la Teología de la Liberación, la primera teología latinoamericana de relevancia universal. Por ella procurábamos rescatar el potencial liberador de la fe cristiana y actualizar "la memoria peligrosa" de Jesús, rompiendo aquel círculo férreo que mantenía aquí al cristianismo cautivo de los intereses de los poderosos.

Esa diligencia nos llevó a elegir a los pobres y marginados. Fuimos evangelizados por ellos. Quedamos más humanos y sensibles a su pasión. Pero también más lúcidos en el descubrimiento de los mecanismos que los hacen siempre de nuevo sufrir. De la iracundia sagrada, pasamos a la práctica solidaria y a la reflexión comprometida.

Hemos soportado, en comunión con ellos, la maledicencia de aquellos sectores sociales que encuentran en el cristianismo tradicional un aliado en el mantenimiento de sus privilegios, el pretexto de la preservación del orden que es, para las grandes mayorías, pura y simplemente desorden. Sufrimos al ser acusados por nuestros hermanos en la fe, de herejía y de connivencia con el marxismo y de vernos los lazos de fraternidad rotos públicamente.

Siempre sustenté la tesis de que una iglesia sólo es verdaderamente solidaria con la liberación de los oprimidos, cuando ella misma, en su vida interna, supera estructuras y hábitos que implican la discriminación de las mujeres, la disminución de los laicos, las desconfianzas hacia las libertades modernas y el espíritu democrático, y la demasada concentración del poder sagrado en las manos del clero.

Con frecuencia hice la siguiente reflexión que aquí repito. Lo que es error en la doctrina de la Trinidad, no puede ser verdad en la doctrina sobre la Iglesia. En la Trinidad se enseña



que no puede haber jerarquía. Todo subordinamiento es allí herético. Las personas divinas son de igual dignidad, de igual bondad y de igual poder. La naturaleza íntima de la Trinidad no es soledad sino comunión. El interrelacionamiento entre la vida y el amor entrelaza a los divinos. Tres con tal radicalidad que no tenemos tres dioses sino un sólo Dios-Comunión. Pero de la Iglesia se dice que es esencialmente jerárquica. Y que la división entre clérigos y laicos es de institución divina.

No estamos en contra de la jerarquía. Si hay una jerarquía -porque ese puede ser un imperativo cultural legítimo- será siempre, en un buen raciocinio teológico, jerarquía de servicio y de funciones. Si así no fuere, ¿cómo afirmar verdaderamente, que la Iglesia es la imagen de la Trinidad?. ¿Dónde queda el sueño de Jesús de una comunidad de hermanos y de hermanas, si hay tantos que se presentan como padres y maestros, cuando El dijo explícitamente que tenemos un sólo Padre y un sólo Maestro (cf. Mt. 23, 8-9)?.

La actual forma de organizar la Iglesia (no siempre fue así en la historia) crea y reproduce más desigualdades de lo que actualiza y viabiliza la utopía fraterna e igualitaria de Jesús y los Apóstoles.

Por tales y semejantes postulados, que de hecho se insertan en la tradición profética del cristianismo y en el ideario de los reformadores comenzando por San Francisco de Asís, caí bajo la severa vigilancia por parte de las autoridades doctrinarias del Vaticano. Directamente o por intermedias autoridades, esa vigilancia fue, como un torniquete, más y más cerrado, hasta convertir mi actividad teológica, de profesor, conferencista, asesor y escritor prácticamente imposible.

Desde 1971 he recibido, frecuentemente, cartas y amonestaciones, restricciones y puniciones.

No se diga que no colaboré. Respondía todas las cartas. Negocié, por dos veces, mi separación temporaria de la cátedra.

Enfrenté el "diálogo" en Roma delante de la más alta autoridad doctrinaria de la Iglesia romano-católica en 1984. Acepté el texto de condenación de varias de mis opiniones en 1985. Y después (contra el sentido de derecho, pues me había sometido a todo) fui castigado con un tiempo de "silencio obsequioso". Acepté, diciendo, "prefiero caminar con la Iglesia (de los pobres y de las comunidades eclesiales de base) antes de caminar sólo con mi teología". Fui sacado de la redacción de la Revista Eclesiástica Brasileira y apartado de la Editora Vozes. Me impusieron un estado especial, fuera del derecho canónico, al obligarme a someter cada escrito mío a una doble censura previa, una interna de la Orden Franciscana y la otra del obispo a quien le corresponde dar el "imprimatur" (puede imprimirse).

Todo acepté y a todo me sometí. Entre 1991 y 1992 se fue cerrando aún más el cerco. Fui separado de la revista Vozes (la más antigua revista de cultura de Brasil, de 1904); fue impuesta la censura a la Editora Vozes y a todas las revistas que allí se publican. Nuevamente se estableció la censura previa sobre cada escrito, artículo o libro mío. Y ella fue aplicada con celo. Y por un tiempo indeterminado debería separarme de enseñanza común de la teología.

La experiencia subjetiva que recogí en estos 20 años de vueltas con el poder doctrinal es esta: él es cruel y sin piedad. Nada olvida, nada perdona, todo cobra. Y para eso se toma el tiempo necesario y se da los medios para llegar a su fin: el encuadramiento de la inteligencia teológica. Actúa directamente o usa instancias intermedias, u obliga a los propios hermanos de la Orden Franciscana a ejecutar una función que sólo cabe en el derecho canónico, a quien es autoridad doctrinal (obispos y la Congregación para la Doctrina de la Fe).

La sensación que tengo es que llegué hasta delante de un muro. No puedo avanzar más. Retroceder implicaría sacrificar la propia dignidad y renunciar a una lucha de tantos años.

No todo vale en la Iglesia. Y el propio Jesús murió para testimoniar que no todo vale en este mundo. Hay límites intraspionables, el derecho, la dignidad y la libertad de la persona humana. Quien se agacha continuamente acaba quedando encorvado y así deshumanizado. La Iglesia jerárquica no detenta el monopolio de los valores evangélicos ni la Orden Franciscana es la única heredera del Sol de Asís. Existe también la comunidad cristiana y el torrente de ternura franciscana en las cuales me podré situar con jovialidad y libertad.

Antes de amargarme de ver destruidas en mí las bases humanas de la fe y de la esperanza cristiana y abatida la imagen evangélica de Dios-Comunión-de-personas, prefiero cambiar de camino. No de dirección. Las motivaciones fundamentales que inspiran mi vida continuarán inalterables: la lucha por el Reino que comienza por los pobres, la pasión del Evangelio, la com-pasión con los sufrientes de este mundo, el compromiso con la liberación de los oprimidos, la articulación entre el pensamiento más crítico con la realidad deshumanizada y el cultivo de la ternura por cada ser de la creación a la luz de la práctica de San Francisco de Asís.

No dejaré de amar el carácter misterioso y sacramental de la Iglesia romano-católica actual. Dos actitudes básicas se enfrentan duramente. La primera cree en la fuerza de la disciplina y la segunda en la fuerza intrínseca del curso de las cosas. La primera estima que la Iglesia tiene necesidad de orden y por eso coloca todo el peso de la obediencia y en el sometimiento de todos. Esta actitud es mayoritariamente asumida por los sectores hegemónicos de la administración central de la Iglesia. La segunda piensa que la Iglesia tiene necesidad de liberarse y por



eso hace fe en el Espíritu que fermenta la historia y en las fuerzas vitales que como el humus confiere fecundidad al millenario cuerpo eclesial. Esa actitud es representada por sectores importantes de las iglesias periféricas, del Tercer Mundo y del Brasil.

Indiscutiblemente yo me sitúo en la segunda actitud, de aquellos que hacen de la fe la superación del miedo, de aquellos que tienen esperanza en el futuro de la flor sin defensa y en la raíces invisibles que sustentan el árbol.

Hermanos y hermanas, compañeros de caminata y esperanza: que este gesto mío no los desanime en la lucha por una sociedad donde sea menos difícil la colaboración y la solidaridad, pues a eso nos invita la práctica de Jesús y el entusiasmo del Espíritu. Ayudemos a la Iglesia institucional a ser más evangélica, compasiva, humana y comprometida con la libertad y la liberación de los hijos e hijas de Dios. No andemos para el futuro, sino con los ojos bien abiertos para discernir en el presente los signos de un nuevo mundo que Dios quiere, y dentro de él de un nuevo modo de ser Iglesia, comunitaria, popular, liberadora y ecuménica.

De mi parte, quiero con mi trabajo intelectual, empeñarme en la construcción de un cristianismo indo-afro-americano, inculturado en los cuerpos, en las pieles, en las danzas, en los sufrimientos, en las alegrías y en las lenguas de nuestros pueblos, como respuesta al evangelio de Dios que todavía no fue plenamente dado después de 500 años de presencia cristiana en el Continente. Continuaré en el sacerdocio universal de los fieles que es también una expresión del sacerdocio del laico Jesús como nos lo recuerda el autor de la carta a los Hebreos (7,14,8,4).

No salgo triste de esta situación, sino tranquilizado, pues hago mía la poesía de nuestro mayor poeta, Fernando Pessoa:

"Valió la pena?

Todo vale la pena,

si el alma no es pequeña".

Siento que mi alma, con la gracia de Dios, no fue pequeña.

Unidos en la caminata y en la gracia de aquél que conoce el secreto y el destino de todos nuestros caminos, los saludo con Paz y Bien!

Leonardo Boff